

FICHA DE FORMACIÓN



184

Hilo Negro

LOS LLAMAN EXÁMENES, PERO SE TRATA DE SABER SI AGACHAMOS BIEN LA CABEZA



¿A qué y a quién sirve el sistema educativo?

Entre las muchas tradiciones españolas, hay una que va tomando solera junto al régimen político turnista en el que vivimos: con cada cambio de siglas, una reforma educativa. Todas ellas suelen llevar aparejado eso que se suele considerar un encendido debate en medios y tertulias, si bien en esta ocasión el COVID ha acaparado tanta atención que no se han dedicado horas y horas a hablar de si religión contará o no para la media global, de si se darán dos horas más de matemáticas o tres menos de latín, si se repetirá curso o no con dos asignaturas suspensas...

Va asentándose también la costumbre de dramatizar la urgencia y la importancia de los cambios, como si cada ley fuera a suponer o una maravillosa revolución inclusiva o una catástrofe pedagógica, según quien lo analice. En los preámbulos y exposiciones de motivos se hace mayor o menor énfasis en unos u otros objetivos, pero en educación, como en economía, extranjería y en todo lo demás, es fácil darse cuenta de que la diferencia entre las leyes PSOE y las leyes PP es más de maquillaje que de sustancia y que los debates suelen subir el tono para ocultar las preguntas fundamentales que deberíamos hacernos. Cambios cosméticos que consiguen poco más que descuadrar todos los horarios y desajustar los recursos.

Los objetivos declarados del sistema educativo en cualquier caso siempre incluyen la formación de ciudadanos críticos, la igualdad de oportunidades y la adaptación a las necesidades económicas y de la sociedad en general.

¿Hasta qué punto se cumplen?

Es complejo medir, pero no intuir, lo crítica que es la ciudadanía que se ha socializado en nuestra escuela. Tampoco es difícil ver, aunque intenten ocultárnoslo, que el grado de abandono temprano, los resultados de los informes PISA... dependen mucho más de la historia económica de desigualdad y exclusión que del color con el que hayan pintado a la ley o al gobierno autonómico y que esos resultados muestran una continuidad tozuda por regiones y hasta por barrios. Y es que, como dice Lepage, un activista de la educación popular en Francia, “educarse es muy importante, pero habría que impedir a los ricos educarse más rápido que los pobres”. Y conseguir títulos de máster con tanta facilidad, cabría añadir. Hay varios estudios que demuestran cómo en toda Europa, pero en mayor grado en Italia y España, el obtener un

mejor o peor puesto de trabajo depende del origen familiar en mucha mayor medida que el nivel de estudios alcanzado y que ese resultado se obtiene tanto en situaciones de crisis como de crecimiento económico. Alcanzar estudios universitarios no es suficiente para conseguir un buen puesto, pero tampoco la posibilidad de superarlos es igual: lo hacen un 63% de los hijos de la clase media-alta y sólo un 26% de los de la trabajadora. Si algo han conseguido las últimas reformas educa-

tivas ha sido agravar esto. Además de reducirse las becas y aumentarse los requisitos académicos para conseguirlos, se ha excluido de determinadas profesiones a quien no puede

“Una cabeza bien formada siempre será mejor que una cabeza muy llena”

M. Montaigne. (1533, 1592)

costearse el máster ahora obligatorio para el acceso. Por otro lado, lo que definen como calidad del sistema educativo y que tanto gusta comparar entre CCAA no parece guardar una relación directa con eso que llaman competitividad y dinamismo económico, puesto que los significativamente mejores resultados de algunas regiones del norte como la nuestra o la gallega no impiden la sangría de población y actividad económica que arrastran desde hace décadas.

Puesto que no parece que se ponga mucho interés en que se cumplan los objetivos definidos por las propias autoridades educativas, cabe preguntarse si es mera ineficacia, desinterés, o es que existen otros objetivos que no se explicitan.

El cierre de escuelas durante la pandemia ha mostrado lo que ya se intuía: la escuela cumple con el mismo papel que las residencias de ancianos, el de guardería de personas no productivas al mínimo coste posible para que el resto de la sociedad pueda producir al máximo rendimiento.

Otro objetivo oculto, pero ya ampliamente descrito por autores como Foucault o Illich, es el de disciplinar a las niñas y a los niños (el profesorado ya lo fue en su momento) en la obediencia y así acostumbrarle a la sumisión en su futura vida profesional y social. Incluso durante la pandemia e incluso en infantil, se les ha obligado a permanecer en una silla durante al menos seis horas al día durante meses realizando tareas que en muchos casos carecían de otro sentido que el de “no perder el hábito”. Así se prepararán para la ejecución de tareas profesionales que, en muchas ocasiones, tampoco tienen ningún sentido para el que las ejecuta. La escuela es más un agente de socialización que de aprendizaje. Cuando el individuo ha interiorizado esquemas y normas de comportamiento y los ha aceptado se convierte a su vez, inconscientemente por lo general, en agente socializador, contribuyendo así al mantenimiento de la cultura y de la estructura social dominante.

Por supuesto, las diferencias de prestigio entre unas profesiones y otras que justifiquen que los trabajos esenciales para la vida estén mucho peor pagados que otros inútiles o incluso dañinos para la sociedad sin que ni siquiera las personas afectadas se lo cuestionen, tienen su base y su justificación en la segregación escolar. Al adolescente que no consigue adaptarse al ritmo escolar se le desvía a FP Básica. Teóricamente para ayudarle a superar las dificultades mediante un mayor trabajo aplicado. En realidad, para apartarles y que no molesten al alumnado “bueno” ni a los profesores y, sobre todo, para dejarles claro que no merecen nada mejor. El currículo de la FP vuelve a repetir unos contenidos teóricos, en buena parte totalmente innecesarios, y que ya habían rechazado anteriormente, lo cual es una garantía para un nuevo fracaso, más desmotivación y pérdida de autoestima. En primaria y en la ESO, se ofrece el bilingüismo como panacea cuando no es más que una forma solapada de segregar y excluir. Si a eso le añadimos el continuo apoyo a la privada, la falta de becas, de fondos para educación compensatoria, apoyo a la diversidad y los numerosos obstáculos al reconocimiento de estudios en el extranjero, tenemos la garantía de que seguirá existiendo un suficiente ejército de reserva que acepte las condiciones precarias que las empresas tengan a bien ofrecer.

No debemos olvidar otro de los evidentes, aunque tampoco explicitados, objetivos de algunas políticas: mantener o am-

pliar el desvío de recursos públicos a negocios privados como el de la iglesia, pero no sólo. Editoriales, empresas que suministran pantallas digitales, uniformes, comedores, empresas de transporte...

Por otro lado, algunos discursos y propuestas sobre evaluación y calidad del sistema parecen ir dirigidos en ocasiones a fomentar divisiones: entre familias y profesorado, entre funcionariado y resto de trabajadores y trabajadoras, entre alumnado migrante y autóctono...

Conviene pararse a pensar si nos estamos haciendo las preguntas realmente relevantes cada vez que debatimos o hacemos propuestas sobre enseñanza y si esas preguntas se las está haciendo toda la sociedad o sólo unos pocos docentes y algún que otro familiar.

La primera pregunta, que nunca debería darse por resuelta, es si la escuela obligatoria beneficia o perjudica a las clases trabajadoras. ¿Debemos seguir considerando como útil y necesario que todo el mundo pase al menos 10 años de su infancia y adolescencia junto a un pupitre sin apenas moverse? ¿Es en la escuela donde se realizan los aprendizajes verdaderamente significativos para la persona? ¿Puede existir una escuela libre o será inevitablemente la correa de

transmisión de los valores y normas hegemónicas a las nuevas generaciones?

La segunda es si la sociedad debe sufragar las necesidades que las empresas tienen de “emplearnos” en la consecución de su beneficio. ¿Debemos aceptar que uno de los principales objetivos sea la “empleabilidad”? ¿Debemos financiar la formación profesional y/o universitaria técnica o debemos limitarnos a los aprendizajes útiles para la autonomía personal y social y dejar que las empresas corran con todos los gastos de formar a la mano

de obra que necesiten?

En relación con la socialización en grupo, ¿fomenta la educación en grupos numerosos la reproducción y el fortalecimiento de la competitividad, el maltrato y las estructuras patriarcales? ¿Tiene el profesorado la formación adecuada para evitar esto?

Sobre el currículo, ¿qué se debe “enseñar” y qué se debe, pues, dejar de tapar? Hay muchas cosas que han estado tapadas y que habría que “enseñar”: en historia, en economía y hasta en educación física. ¿Está el currículo adaptado a la realidad y a las necesidades sociales actuales y futuras?

Esta última pregunta encierra quizá la cuestión más importante, puesto que estamos a las puertas de una crisis económica, energética y de recursos que parece que va a arrastrarnos a un cambio civilizatorio mayor. La nueva ley educativa habla de digitalización, robotización... mientras los científicos nos están alertando sobre la posibilidad de que tengamos problemas para mantener suficiente producción de alimentos y sobre la necesidad imperiosa de reducir significativamente la complejidad social y la movilidad de bienes y personas. Que hemos sobrepasado todos los límites naturales es un hecho ya conocido e inevitable pero la organización social resultante depende de lo que seamos capaces de construir ¿Qué sociedad queremos y podemos crear? ¿Estamos preparando a nuestras próximas generaciones para que puedan participar en su construcción y desenvolverse en ella? ¿Qué habilidades y conocimientos deberían adquirir o recuperar para que puedan vivir con autonomía, dignidad y libertad en una sociedad en decrecimiento? ◀◀

*“La escuela es la agencia de
publicidad que le hace a uno
creer que necesita la
sociedad tal como está”*

Ivan Illich (1926, 2002)